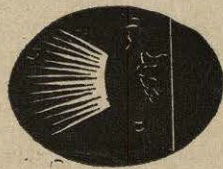


bre la arena y con el cráneo destrozado por un martillo que, junto de él, abandonaron; recuerdo mi peregrinación, mi desatentada carrera por llanuras y zanjas desecadas en medio del aire helado y la oscuridad, el temblor nervioso que, hasta muy entrado el día, me sacudió ya encerrado en mi habitación de estudiante y el cruel problema en que viví por espacio de seis meses, esperando el verme rodeado de un momento á otro por la policía que caminaba sobre las huellas de los delincuentes, entre los que sería yo indudablemente contado. ¡Seis meses de angustia, de perpétua congoja, de sobresalto y de insomnio, que me dejaron flaco y macilento y que terminaron por fin con el jurado de los asaltantes, al que asistí como simple espectador, y cuya condena oí pronunciar con el desahogo y el júbilo que te puedes imaginar!

Conque ahora, sobrino, si esta leccioncita no te aprovecha (ya que nadie escarmenta en cabeza ajena), es bueno que comprendas con qué gusto y con cuanta buena voluntad, voy á darte una útil, persuasiva y saludable paliza si continúan los telegrafitos y las monerías que pones en juego desde la ventana de tu cuarto.



## SLEEPING CAR.

En Tomasito encarnaba un problema viviente; quien se hubiera dignado fijar su atención en aquel pilluelo de siete años, personilla menuda cubierta de harapos sucios; quien con mirada investigadora le siguiese, viéndole corretear en pos de los transeuntes con ligeros y desnudos piecillos, trepando muchas veces al estribo de los tranvías al ponerse éstos en movimiento y voceando en tono agudo los títulos de los periódicos del día, no habría dejado de experimentar cierta extrañeza al ver su cabello rubio y ensortijado, sus ojos claros rebosantes de inteligencia, su fisonomía delicada de naricilla borbónica, boquita pequeña y carrillos sonrosados aunque algo enjutos y al advertir, por los varios desgarrones de la camisilla, el torso que á trechos asomaba con su piel blanca y fina. Tales signos habían conquistado al papelerito, por parte de los demás chicuelos que voceaban periódicos en la Plaza de armas, el apodo de "el piojo blanco" el cual, en un principio le hacía llorar y que acabó por aceptar filosóficamente contentándose con alzar los hombros al oírlo, en actitud de desprecio verdaderamente aristocrática. Sí: había en los movi-

mientos del niño algo de distinción, una vaga sombra de dignidad y grandeza.... En Tomasito encarnaba un problema, ó quizás la triste resolución de otro problema en que jugaron como elementos el honor, el amor culpable y la dureza ó la ausencia de un corazón materno.

En Tomasito había el germen de un poeta; pudiendo apenas leer, improvisaba versillos chistosos que hacían desternillar de risa al "apache," al "tuso" y al "guajolote," sus tres compañeritos de cama y, cuando digo cama, entiéndase por ésta la acera del Palacio Nacional que mira al Poniente y en la que se acurrucaban los cuatro golfillos, en apretado racimo para prestarse mutuamente calor, á las altas horas de la noche, buscando en el recinto que guarnece al rodapié de la fachada, un resto del hálito caldeante con que la baña el sol de la tarde, y de cuyo sitio tenían que huir presurosos cuando se aproximaba el *tecolote*, esto es: el gendarme ó el oficial de ronda que cabeceaba sobre su soñoliento caballo tordillo, volviendo furtivos á acostarse, luego que el enemigo había dejado libre el campo.

La imaginación de Tomasito era fecunda; sabía inventar cuentecitos de hadas y magos y sacaba de su cabeza sonecillos y canciones que sus compañeros aprendían, melodías fáciles y sencillas que reflejaban perfectamente el estado de ánimo de su compositor: tristes cuando la pena le oprimía, alegres cuando el partido de canicas había sido ganado por él ó había logrado vender mucho en la jornada.

Tomasito era un soñador; cuántas veces podía versele sentado en alguna de las bancas de hierro del Zócalo, colgando las piernecillas y con los brazos caídos, en actitud contemplativa, pensando.... pensando, vagando por otros espacios, por fantásticas regiones, con carilla triste y mirada fija en la arena de las callecillas y olvidándo-

se de pregonar su letrada mercancía!.... De tales ausencias despertaba al recibir el traidor golpe del "apache" que se reía de su hazaña á grandes carcajadas, ó para correr tras él cuando por maldad y aprovechándose de su ensimismamiento, le arrebatava el montón de impresos con el que echaba á huir á grandes zancadas.

Era en fin Tomasito, un pajarillo silvestre, un tierno ruiseñor arrojado del nido y confundido entre una bandada de gorriones, que vagaba á la ventura en busca de una migaja de pan con que alimentarse, riendo y cantando con su vocecilla delicada, piando con sus tristes lloros de huérfano y en cuya alma fermentaba esa nostalgia de lo ideal que engrandece y deprime, que excita el intelecto y empobrece la forma material.



¿Hacia que ignotas misteriosas regiones tendía el vuelo la blanca mariposilla del pensamiento de Tomasito, durante aquellos éxtasis frecuentes? ¿Qué fantasmagorías contemplaban los ojos de su alma? ¿Veíase quizá reclinado en el tibio regazo de una madre tierna y amorosa que le llenaba de caricias que él nunca conociera en la vida real? ¿Soñábase vestido de terciopelo y encajes como esos niños que veía cruzar, acompañados de elegante servidumbre, por el jardín del atrio? ¿Se imaginaba asistir á opíparo banquete servido por cocineros y marmitones de gorro almidonado y blanco delantal?.... No: el ensueño que obsesionaba á Tomasito, el objeto de sus íntimas contemplaciones, el ideal perseguido y siempre invocado, era el *Sleeping car*, el carro-dormitorio Pullman que había entrevisto cuando iba á vender sus periódicos á la estación del ferrocarril y que le

había producido una impresión particular y profunda despertando su asombro y excitando vivísimamente su curiosidad.

Antojábasele ser aquel inmenso coche un palacio encantado, prodigio cuyos detalles exteriores recordaba, recreándose en la imagen suntuosa, pensando en su barniz terso y pulido que relucía surcado por líneas y arabescos dorados, en sus cristales de colores que brillaban como prismas y en sus barandillas y picaportes de limpio latón que Tomasito tomaba por oro purísimo. Ardía el desheredado pequeñín en deseos por contemplar muy de cerca aquel inmenso coche cuyo interior se figuraba tapizado por ricas alfombras, con asientos de tafete rojo, cojines de seda y transparentes ó cortinillas de encaje, incrustadas en las preciosas y talladas maderas de su construcción interna, verdaderas joyas artísticas en forma de lámparas, percheros, canastillas y mecanismos modernos para abrir esos compartimentos que transformaban en un instante el salón en galería de camarotes, con sus cortinajes de terciopelo verde, sus ropas de cama de albeante lino y sus almohadones de rica pluma, transformación que le parecía un milagro y cuya descripción había escuchado absorto de boca de un mozo de equipajes. Mirar de cerca aquel prodigio, era su infantil obsesión, su ilusión más grande, su deseo supremo.

¡Cómo envidiaba á aquellos negrazos de rico uniforme que parecían los soberanos de la ambulante mansión prodigiosa! ¡Qué felices deberían ser devorando kilómetros en ella, contemplando desde las ventanillas los paisajes que se desarrollaban bajo cielos azules y llenos de sol, al paso del trepidante convoy!... Si yo fuera rico, pensaba Tomasín, emplearía mi fortuna toda en adquirir uno de esos coches encantadores y en él viviría recorriendo montes y llanuras, atravesando

bosques y montañas, cruzando túneles y puentes sobre los barrancos en que el torrente se encauza, siempre adelante... siempre adelante!...

Con un hondo suspiro terminaba generalmente el ensimismamiento del chiquillo. La venta de periódicos, que á penas alcanzaba para su sustento, no le ofrecía esperanzas de obtener lo necesario para comprar siquiera el boleto para un pequeño viaje en sleeping-car y, aunque así fuera: ¿cómo habían de permitirle usar de él con esa facha de mendigo, sin calzado, sin sombrero y mal cubierto por aquel pantaloncito desrodillado, de trasero roto y orlas desflecadas, con aquellos girones de camiseta y ese chaleco recogido de los deshechos que se arrojaron al carretón de la basura?



Advertíase un movimiento inusitado en la estación del ferrocarril Central; del tren de recreo que acababa de llegar, descendía una ola de pasajeros que llenaba el andén donde todo era confusión, mezclándose el vocerío al estrépito de los bultos arrojados á las carretillas de mano y á los resoplidos de la caldeada locomotora en aquella atmósfera impregnada de humo y de polvo. Tarde de ruda labor para empleados y conductores: las locomotoras destinadas al movimiento de patio, no cesaban en su ir y venir, formando los diversos *convoys* que sucesivamente tenían que partir; el aseo de los coches recién llegados se hacía inmediata y febrilmente por la servidumbre entre las protestas de los pasajeros rezagados, últimos en abandonarlos y que apresuraban su descenso; en la bodega de equipajes había un

verdadero tumulto ante la ventana de entrega y, en el interior, se arrojaban sobre la báscula cajas y baúles que los mozos de cordel apilaban bruscamente, con violencia y enojo; el telégrafo, con ruido constante, acusaba la frecuencia y la rapidez con que se transmitían las órdenes sucesivas é incesantes; un tren de carga llegaba á la estación y había que desocupar inmediatamente el gran número de furgones y plataformas que lo formaban para cargarlos de nuevo y en los expendios de boletos la gente se apiñaba, se empujaba y gritaba por adquirir los necesarios para el viaje inmediato. En el patio de carruajes era difícil para los cocheros el mover sus vehículos particulares y de alquiler que tomaban ó dejaban *carga*.

Pasando por debajo de los caballos, entre las ruedas, deslizándose por entre los pasajeros con cuyas maletas y bastones tropezaba y esquivando el ser visto por los policías, Tomasito, aprovechando el barullo, había logrado deslizarse hasta el andén, ofreciendo en voz baja su mercancía por temor de ser arrojado á puntapiés y habiendo conseguido el realizarla en un momento.

Trataba ya de retirarse discreta y prudentemente, sonando alegre en su bolsillo los centavos recaudados, cuando se detuvo ante un agradable encuentro: á veinte pasos, sobre uno de los ramales de la vía y al frente de otros carros, se ostentaba el soberbio Pullman del que bajaron tres mozos de limpieza. Uno de ellos trataba de intervenir en la viva y acalorada discusión que sostenían los otros, quienes daban muestra del más airado arrebató y los que hubieran llegado á la contienda de obra si el primero no lo evitara; la querrela se enardecía por momentos, concluyendo los tres por alejarse para ir á terminarla en sitio más lejano.

Con viva satisfacción advirtió Tomasito que la

portezuela del Pullman había quedado abierta, contra reglamento, sin duda debido á la precipitación y al acaloramiento con que los mozos abandonaron su labor. ¡Qué ocasión! pensó el chico; ellos volverían, sí; pero sus siluetas lejanas que se perdían rumbo á Nonoalco, le hacían comprender que tendría tiempo de penetrar al coche, inspeccionarlo siquiera fuese rápidamente y escapar. Nadie se fijaba en el chicuelo, átomo entre aquella multitud de enormes carrocerías, y rápido, de un salto, subió á la plataforma y se introdujo por la entreabierta portezuela, palpitante de curiosidad y de emoción....



Un violento é inesperado choque sacudió al Pullman haciendo perder el equilibrio á Tomasito, cuya admiración y contemplativo arrobamiento interrumpió; un ruido de pernos y cadenas se mezcló á las voces que rodearon el carro-dormitorio; se acercaban, subían á la plataforma!.... Claramente percibió el niño las rápidas frases en inglés pronunciadas con duro acento por los que entraban por el pasillo lateral del gabinete reservado en el vestíbulo. Eran los negros; era el conductor-jefe, un norte-americano de estatura colosal, fornido, de rostro anguloso y colorado picado de viruelas, bigote lacio y de color pajizo y ojos claros de mirada torva, fisonomía enérgica y dura cuyo *rictus* despectivo acentuaban los movimientos bruscos de sus brazos y sus hombros y cuyas cejas contraía el furioso arrebató de la ira encendido por el descuido de los mozos de aseo.

El Pullman acababa de ser unido á un tren y caminaba para regresar, cambiando vía, á ocupar la inmediata al muelle del andén donde una mul-

titud de pasajeros esperaba para tomar los carros por asalto.

Sonaron las campanadas reglamentarias de señal, con breve intervalo..... Iban á sorprender al pequeñuelo, á golpearle; iba á ser arrojado á puntapiés como un perro, por aquel gigantón irascible; tal vez sería entregado á la policía y consignado á la cárcel!..... Tomasito tuvo miedo, un miedo indescriptible; el pavor se apoderó de él y aturdido se deslizó entre dos encontrados respaldos de los asientos, acurrucándose, encogiéndose cuanto más le era posible, temblando y llorando silenciosamente de espanto.

Echó el tren á andar, el carro Pullman permanecía sin pasajeros; destinado á cierto personaje que debería embarcar en punto lejano; viajaba sólo allí la servidumbre de color. Tomasito respiró un tanto; “al llegar á alguna estación,—pensaba,—me deslizaré sin que me echen de ver, atisbaré una oportunidad; regresar á la Capital va á serme muy difícil; pero poco á poco y siguiendo la vía desandaré el camino. ¿Qué dirán el Tuso y el Guajolote de mi desaparición? No van á creerme cuando les cuente que he viajado en Pullman. Al menos descansaré un poco de los golpes que el Apache suele darme, abusando de que es el más fuerte y el más grandote! ¿Me alcanzará con los treinta y tres centavos de la venta de periódicos de hoy para comer durante mi viaje de regreso? Puede que nó. Tendré que vender mis canicas; esta preciosa ágata que encontré junto á una coladera y que es toda mi riqueza.... no, esa nó; mejor aguantaré el hambre si me apura ó comeré hierbecitas de los llanos..... ¡Viajar! ¡Qué bonito es viajar! Cómo pasan frente á la ventanilla los árboles como huyendo!..... ¡Qué hermosas se ven las montañas, que antes me parecían azules y ahora veo cubiertas de verdes matorrals.....! ¡Qué cielo más azul y qué nubes

más hermosas llenas de luces doradas....! ¡Cómo el sol que se pone echa ráfagas amarillas y violetas....! Desde mi escondrijo apenas alcanzo á ver por una esquina de la ventanilla de enfrente. ¡Si yo pudiera asomarme.... qué feliz sería si pudiera asomarme!..... Este movimiento me amodorra, parece que me arrulla”..... y Tomasito acabó por dormirse con ese sueño plácido y profundo de la inocencia.



Fueron encendidas las lámparas del vacío carro, al que vinieron á reunirse en tertulia el conductor-jefe y el agente de publicaciones con los dos negros. Sentados los cuatro frente por frente en dos de las laterales bancas de terciopelo carmesí, colocaron entre ellos la mesa adaptable sobre la que se pusieron á jugar con una grasienta baraja.

La noche era fría y los cuatro jugadores se pasaban de mano en mano una larga botella de cognac, á la que daban sendos sorbos.

Un mensajero especial que viajaba en el carro especial del express, atravesando la hilera de wagones, vino luego á hacer compañía á los contertulios; sentado en el brazo del sillón de al lado, divertíase en seguir las peripecias del juego para alejar el fastidio y el sueño que acusaban sus enormes bostezos.

Prontó la botella dió su nuevo rodeo, trabando relaciones con los labios del recién llegado y, tras esa ronda, otra y otra más, hasta quedar vacía.

—Y van tres! dijo el agente de publicaciones con palabra difícil y tartajosa; yo no veo ya bien las cartas y mis piernas parecen de plomo.

—Toma para que te alumbres, repuso el jefe poniendo sobre la mesa la lámpara nikelada que

al brazo traía, y añadió en inglés: otra botella, Jack, yo la pago.

Uno de los negros con andar torpe y tosco, con balanceo que aumentaba la oscilación del carro, se dirigió al gabinete-cocina y de una escondida caja extrajo la botella pedida y la destapó volviendo con ella, no sin haberle dado en el camino su primer sorbo.

Continuó la partida; uno de los negros se puso á cantar un sonsonete desgarbado y melancólico.

—¿Eh, trae perro alguno de ustedes? Dijo de pronto el mensajero, después de mirar hacia el fondo del wagón.

—¿Perro? Estás borracho, contestó uno de los negros. ¿Para qué habíamos de traer un animal y en este coche?

—¿Qué ocurrencias tiene este bestia! Balbuceó el agente entre dos hipos.

—Me pareció oír....

—Eh, no interrumpas! Gritó el jefe lanzando un juramento. Dame cartas..... tú, idiota!

—Sí; debe ser un perro, gruñe ó ronca. ¿Están ustedes sordos ó borrachos? Allá, á la derecha, casi al fondo.

Un chorro de blasfemias saltó de boca del jefe. —¡Esos mozos de limpieza!.... Ahora recordaba haber encontrado abierto el Pullman al unirlo al convoy. ¡Malditos condenados! Alguna alimaña se había aprovechado del descuido!.... y arrebatando la linterna se dirigió, dando traspiés y rezongando, al sitio señalado.

Bien doloroso fué el despertar de Tomasito: la manaza del conductor, penetrando entre los encontrados respaldos que servían de escondite, le asió bruscamente por los cabellos y con rudo tirón le arrastró fuera, arrojándolo al pasillo central por el que la criatura rodó á impulso de un formidable puntapié.

—¡Un chamaco! Dijo riendo el mensajero; ¿es tu hijo, Jack?

—¡Oh grasiento condenado, hijo de perra, *tramp* maldito! ¿Conque querías viajar de balde? Clamó el norte-americano.

—¡Sucia bestia, cerdo asqueroso! gritaron los negros.

—¡Aplasten á esa mosca! balbuceó desde su asiento el ebrio agente.

—¡Eh, no le pegues, dijo el mensajero, con bajarle en la próxima Estación!.....

—¿Bajarle? repuso el negro; estos *mexicanos mantecosos* que todo lo ensucian..... ¡Echalo fuera!

Asido por el cuello como un mísero gato, sacudido ferozmente, el pequeño y flacucho cuerpo de la débil criatura que se debatía clamando piedad, fué sacado á la plataforma por el irritado coloso, suspendido fuera del estribo y arrojado á la tiniebla como un harapo, como un objeto vil.

Un grito doloroso vibró perdiéndose en lontananza, al que pareció contestar el silbato de la locomotora que, arrastrando sus wagones, se alejó rápida ocultándose tras la cumbre sombría del cerro que bordeaba.



Piérdese el límite del horizonte en masas confusas de montañas y nubes que envuelven las brumas de la noche; sopla el viento helado que hace inclinarse las copas de los árboles y sacude los matorrales con rumor de hojarasca y, zumbando, se desliza por el cañón estrecho que, en un tiempo, tajaron las aguas de un torrente en las rocas vivas y que ya no es más que un hilo de agua que, culebreando entre las piedra enclavadas en

la arena baja del cerro silencioso y se oculta en una quiebra cubierta por la hierba exuberante hundiéndose en la grieta sin ruido, como una serpiente. Penetrando en las hoquedades de los peñascos, agitando las palmas, alzando espirales de polvo y hojas muertas, juegan los espíritus del remolino esparciendo en la inmensa soledad sus murmullos misteriosos y, como pequeñas linternas de errantes gnomos, las luciérnagas emiten su intermitente fosforescencia, sembrando monte y valle de minúsculas estrellas fugaces.

Ni una sola luz perfora la tiniebla, acusando la existencia de lejano jacal, dando signo de vida humana y á las quejas y silbos del viento sólo se mezclan, vagos y confusos, los tristes cantos de las tortolillas plañideras y el graznido de la lechuza que cruza por el oscuro espacio. Reina la soledad, la imponente y majestuosa soledad de la natura virgen que se recoge transida por el frío, bajo el toldo de la nube densa.

Al pie de la alcantarilla, muy abajo de los cruceros de hierro que sostienen la vía férrea, junto á un resto seco de quemado tronco, sobre las crestas y aristas de la roca y sobre el borde del arroyuelo, en la tenebrosa profundidad, yacía el pobre Tomasito, vuelto en sí de su desmayo, aturdido aún por la caída, por el choque feroz, é incapaz de hacer movimiento alguno por las fracturas internas producidas, sangrando su cabecita descalabrada, y arañada su piel por los espinos con que, en su descenso, tropezó. Débiles gemidos, hondas quejas y ahogados sollozos exhalaba y sus lágrimas se deslizaban para mezclarse á la fluente linfa.

Aún conservaba la impresión del movimiento del tren, parecíale que todo continuaba huyendo á sus lados y que su duro y lacinante lecho trepidaba aumentando sus dolores. La niebla parecía girar sobre su cabeza envolviéndole con un sopro

glacial y cortante que le hacía tiritar y se sentía clavado en aquel sitio como si hubiese caído sobre una caldeada bayoneta que, penetrando por su espalda, saliera por su vientre.

Al fin pudo articular débiles voces de socorro que se repetían plañideras resonando en el fondo de la sima hasta que enronquecido, como si una mano de acero comprimiera su garganta inflamada, y persuadido tal vez de la inutilidad de su demanda, aplastada por el silencio y el abandono, calló la vocecita ténue y extertorosa.



¡Qué frío y qué negrura! ¡Cómo parecían deslizarse por entre los breñales fantasmas aéreos, impalpables, cuyos ojos sin brillo se fijaban en él, girando en siniestra ronda como torbellinos de vapores que iban elevándose lentamente para desaparecer en la altura!

Cruelos dolores oprimían su respiración ya jadeante, una tosecilla seca y constante le destrozaba el vientre adolorido con sus espasmos, y el brazo derecho roto, inerte, colgando sobre el húmedo cauce, parecía estar sujeto por una tenaza que se le clavaba cada vez más y no podía retirar la mano que torturaba la mordida del agua que en su curso, la agitaba.

¡Cuánto tardaba el día! .... El día que pudiera traerle el auxilio de algún viandante, una mano caritativa que acercara un poco de agua á sus secas fauces, de aquella agua que, bajo su cabeza, oía correr, que se figuraba límpida como el cristal, pura, fresca y dulce; el día que viniera á alejar las sombras que le llenaban de pavor y de congoja; el día que, con su luz, ahuyentara y re-

trajera á sus escondrijos á las bestias feroces que andarían merodeando quizá no muy lejos y de las que sería tal vez, presa indefensa!...

¡Qué hermoso era el sol!... ¿Por qué tardaban tanto en asomar los rayos de la aurora? Ellos le bañarían librándole de aquel frío que le hacía estremecer convirtiendo sus piecitos en nieve durísima. ¿Por qué sería tan larga aquella noche?

Tomasito sentía que la tiniebla tomaba cuerpo, tejiéndose en enredada maraña de hilos que iban envolviéndole y atándolo y de los que pugnaba por desasirse; entre ellos se elevaba, se perdía subiendo, hasta que destejiéndose de pronto, le dejaban caer una y otra vez más sobre el mismo sitio. Una convulsión y un débil grito acusaban cada espasmo de la fiebre que en él se cebaba.

¡Oh, qué horrible forma! ¿De dónde había salido ese sapo negro que iba creciendo y creciendo hasta hacerse gigantesco, que le miraba con ojos saltones y cuya enorme boca reía silenciosamente? Y tras ese, otro y otros más que, asidos por las manos, emprendían una ronda danzante en cuyo centro él yacía siguiéndoles con la mirada, hasta que sus cuerpos se deshacían zambulléndose de golpe en el arroyo y salpicándole con el agua, de cuyas gotas no le llegaba una sola á la boca. Y aquella enorme lechuga que revolviendo furiosa sus ojos revoloteaba amenazándole con clavar su pico en el dolorido vientre, ¿cómo se transformaba en una verde viscosa serpiente que, dando vuelta por el seco tronco, trepaba lentamente por el lecho de piedra hasta poner su triangular cabeza sobre el pecho de Tomasito, oprimiéndole con su asqueroso y glacial contacto y echándole á la cara su aliento sofocante? ¿Por qué le miraba con sus vidriosos y muertos ojos? ¿Cómo era que se deshacía en una ola cálida que se deslizaba rápida bañando todo su cuerpo?

Los matorrales y arbustos que coronaban la ci-

ma estrecha, se animaban, se movían, agitábanse sus ramas y le señalaban, como otros tantos brazos de seres de corteza con caras estrambóticas con nudos por ojos y ranuras por bocas desdentadas; cada roca era un endriago amenazador, una cabeza de monstruo, de duende ó demonio!...



¡Oh dicha! El tenue rayo sonrosado que anunciaba el día, había bajado hasta tocar el manantial y, de aquel beso de luz, que irizó la blanca espuma, surgió una forma etérea, indecisa en un principio, flotante como un ténue vapor y que fué perfilándose, dibujándose con más precisión, coloreándose y tomando cuerpo hasta parecer bella á través de su esplendente vestidura de gasas transparentes, coronada de estrellas resplandecientes que cintilaban como el lucero de la tarde y, á tal aparición, el coro de las aves enunció sus jubilosos gorjeos, la brisa se dulcificó entibiándose y se abrieron los cálices de las flores esparciendo sus ricos aromas: era una hada ó un ángel el ser misterioso que el delirio de Tomasito creaba y al que veía avanzar, rodeado de mariposas y abejas de oro y seguido por cisnes blanquísimos; ella le tomaba en brazos y, en raudo vuelo, transportábale al suntuoso carro, al soberbio Pullman de cortinas de verde terciopelo, donde le acostaba en el soñado camarote, entre las ropas blanquísimas y suaves de puro lino y sobre almohadones de muelle pluma; á su caricia sentía el dulce influjo del beato sueño consolador, que la maga evocaba, cantándole con voz dulcísima: "*Duerme, mi niño adorado, duerme, que cuando estés bien dormido te*



*acogerá el regazo de una verdadera y tierna madre;  
duerme el sueño plácido que nada interrumpe, el sue-  
ño infinito que Dios vela, cubriéndole con el manto  
impenetrable de sus misterios.*



## SANGRE EN LA MONTAÑA.

“ ..... Brindo finalmente, señores, por la benévola acogida que hemos encontrado en esta hermosa hacienda que me ha parecido el palacio encantado de la bella durmiente del bosque. ya que para llegar á ella, pobres ingenieros viandantes y desterrados de nuestros hogares por el cumplimiento de nuestra misión profesional, hemos tenido que cruzar las fértiles montañas y los bosques espesos por la exhuberante vegetación de esta fertilísima tierra del estado de Guerrero ..... brindo finalmente, repito, por la prosperidad y por la dicha de nuestro cariñoso, noble y generoso huésped que con su bondad, con sus atenciones exquisitas, rodeándonos de todas las comodidades y abrumándonos con finezas sin cuento, nos ha dado muestra de su refinada y extrema cortesía, de la nobleza de su origen y de su corazón y ha creado para él, en los nuestros, un afecto sincero hijo de la gratitud, una estimación conquistada por su despejada inteligencia, su claro talento y su innegable cultura, y una amistad que no por recién nacida será menos duradera, menos profunda y menos leal!”